

EL TRABAJO EN LA CONFORMACIÓN DE IDENTIDADES JUVENILES

IV Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, "Trabajo y sociedad en el siglo XXI: los desafíos de la globalización y del nuevo modelo económico" Tema: Cultura del trabajo Hermosillo, Sonora, 9-11 abril de 2003

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara Centro Multidisciplinario de Investigación Científica Universidad Autónoma de Nayarit Ciudad de la Cultura Amado Nervo 63190 Tepic, Nayarit

Tel: 01311-2118800 ext. 8906 Email: lpacheco@ nayar.uan.mx













EL TRABAJO EN LA CONFORMACIÓN DE IDENTIDADES JUVENILES Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara

El trabajo es el refugio de los que no tienen nada que hacer Oscar Wilde

Proteger al trabajo es proteger la virtud, arrancar víctimas al crimen y a la muerte Concepción Arenal (penalista española)

Resumen

No era necesario que Rifkin anunciara el fin del tral

No era necesario que Rifkin anunciara el fin del trabajo para sospechar la pérdida de centralidad del trabajo en la conformación de identidades juveniles. Si las trayectorias ideales de la juventud se establecían en 1) familia de origen, 2) educación, 3) trabajo, 4) familia de destino 5) ejercicio de sexualidad, los datos empíricos señalaban la alteración de tales rutas en la juventud mexicana, al menos, en los dos últimos decenios del siglo XX.

En el texto se pone en discusión el trabajo como ámbito de conformación de identidades y adscripciones de los jóvenes en el nuevo siglo.

La construcción de Prometeo

Los jóvenes representan lo que es y lo que será nuestra sociedad. De ahí que si el trabajo deja de ser una parte constitutiva de su identidad, el trabajo perderá importancia en la sociedad futura. Al trabajo se le ha asignado la función de Prometeo. En la tradición griega, origen de la civilización occidental, Prometeo es el individuo activo, productivo y reproductivo. Es el prototipo de la edad madura. Así, en









la sociedad actual, al trabajo se le ha considerado el indicador de la madurez del individuo dentro de la sociedad.

El trabajo es considerado como el momento en que las personas se encuentran en pleno goce de sus capacidades productivas y las ponen en uso a favor de la responsabilidad colectiva. El trabajo es un indicador de la capacidad de asumir responsabilidades personales, familiares, sociales. Se le ubica como el lugar de la conformación de la identidad madura de los individuos, en especial de los jóvenes varones. Al trabajo se le atribuye la cúspide de los logros en el sistema educativo y , -no obstante la desvinculación educación-mundo laboral-, el trabajo es el indicador del éxito escolar. El fin del sistema educativo, la cúspide de la realización de las pedagogías y tecnologías.

El trabajo es la forma aceptada de obtener ingresos. Si bien, existen otras formas para obtenerlos (donaciones, rentas, subsidios, actividades ilícitas), el trabajo es, éticamente, la vía proporcionada por la sociedad para que el individuo obtenga algo de ella y, al mismo tiempo, trabaje para la sociedad, le devuelva algo, se convierta en un ser útil. El trabajo se convierte en un fin social al atribuirle fines sociales, económicos, éticos. Esta concepción del trabajo excluye las formas no legítimas de estar en la sociedad y, no sólo, de obtener ingresos. Las remite a las formas de no trabajo o, en su caso, a formas ilícitas.

Además, al trabajo se le ha asignado la función de construcción de significados para los individuos y los grupos. Así, en los estudios sociológicos, la ocupación, el lugar en el trabajo, definirá identidades. Se convertirá en la variable independiente para elaborar opiniones, comportamientos, tendencias







religiosas, participación política, preferencias electorales, formas de consumo, estilos de disfrute de tiempo libre, prácticas culturales, subjetividades, etc.

El trabajo define la vida de los individuos varones aún después de que ha concluido la etapa productiva.

Pero no tiene efecto sólo en la persona que lo porta. Por extensión, el trabajo otorga identidad a las esposas, hijas, madres, de los varones trabajadores.

CONGRESO NACIONAL

Pero el trabajo no es cualquier actividad humana, sino el trabajo urbano, vinculado a la transformación industrial, porque es en la ciudad donde se realiza el ideal civilizatorio. El trabajo vinculado a la tierra, será considerado un tipo de pretrabajo, destinado a extinguirse y ello será un indicador del progreso. Los jóvenes vinculados al trabajo rural serán portadores de otros proyectos de futuro (Pacheco, 2000) por lo que no se les incluye en las referencias de este documento.

La construcción de Penélope

No ocurre lo mismo en el caso de las mujeres jóvenes. El trabajo es un eje secundario respecto de los ejes fundamentales de la identidad femenina. Estos son la conyugalidad y la maternidad. En la conyugalidad es donde la identidad del varón, vinculada al trabajo, se convierte en definitoria para las mujeres. Su identidad está dada por la pertenencia a un varón portador de un trabajo determinado. En consecuencia, los hijos serán socializados a partir de la identidad laboral del padre. Tanto la mujer como los hijos son irrigados por la identidad del varón adquirida en el ámbito laboral. Es una familia espermática.







Las mujeres, carentes de proyecto de vida propio, válido en sí mismo, *deben* vincularse a otro para *complementarse*. Así, pues, las mujeres son las complementarias del proyecto de vida de los varones.

La concepción de la complementariedad impera en el caso del trabajo. Cuando las mujeres empezaron a realizar trabajos fuera de casa, se le consideró mano de obra complementaria a la del varón. Se aceptaba el trabajo femenino en aquellos rubros donde no existía o era insuficiente, el trabajo masculino. Todavía en la legislación de mediados del siglo XX, las mujeres adquirían permisos de trabajo en los casos en que la familia careciera de varón. En determinas profesiones debía mediar permiso escrito del esposo para que la mujer pudiera obtener un empleo.

En cuanto al ingreso obtenido por el trabajo de las mujeres, se consideraba complementario al ingreso principal otorgado por el varón sobre quien recaía la función de proveedor. De ahí que el trabajo de las mujeres pudiese ser marginal, rotatorio, temporal, flexible. En última instancia, se trataba de un trabajo del cual los hogares podían prescindir.

El trabajo como símbolo de plenitud

En la sociedad urbana contemporánea el trabajo es el símbolo de la plenitud del hombre. La juventud es conceptualizada como una etapa de transición. La juventud es la etapa donde el niño se convierte en un ser que se interroga sobre sí mismo y sobre el mundo. El juego hace al niño olvidar la soledad y el trabajo, al adulto. La reflexión que surge, después de la sorpresa, formula preguntas y vuelve al joven, una persona que interroga. Octavio Paz (1980) dice:







"A todos, en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular, intransferible y precioso. Casi siempre esta revelación se sitúa en la adolescencia. El descubrimiento de nosotros mismos se manifiesta como un sabernos solos; entre el mundo y nosotros se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra conciencia. Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solos; pero niños y adultos pueden trascender su soledad y olvidarse de sí mismos a través del juego o trabajo. En cambio, el adolescente, vacilante entre la infancia y la juventud, queda suspenso un instante ante la infinita riqueza del mundo. El adolescente se asombra de ser. Y al pasmo sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser -pura sensación en el niño- se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante".

Desde la concepción patriarcal, la juventud es una etapa cuya culminación es la plenitud de la adultez, donde el joven se convertirá en trabajador, ciudadano, padre de familia. Adquirirá responsabilidades personales, familiares y sociales. Obtendrá independencia respecto de la familia de origen y actuará por sí mismo en la sociedad, sin la interposición de otros.

Esta concepción está fundada en el principio ontológico que funda la sociedad occidental y se convierte en pauta cultural. Todo lo que se estipula sobre el origen, desarrollo y fin de los seres humanos viene de la noción del ser: el ser conceptualizado como centro del mundo, con un principio, un desarrollo y un fin o destino (Maffesoli, 2003). En la sociedad capitalista patriarcal ese fin es el trabajo, síntesis de la madurez biológica, psicológica, social y ética del varón. A su vez, este varón es el fundador de la familia, como célula básica del tejido social. Este sustantivismo es la base del universalismo de la sociedad occidental.







La rebelión propia de la juventud que interroga ha sido vista, también, como parte de la etapa juvenil. En la concepción evolutiva, a cada etapa le corresponden determinadas acciones. Así, a la juventud le corresponde la búsqueda dentro de los límites permitidos por la sociedad. La adultez será el lugar donde desemboque esa búsqueda. Pero la juventud carece de una definición propia a partir de rasgos positivos. Es una transición hacia lo otro, hacia lo pleno, donde todo estará colmado, donde se encontrará el fin del inicio y adquirirá sentido la infancia y la juventud. En todo caso, la juventud se define por las carencias, por el proyecto de futuro que anuncia.

El joven es una sustancia imperfecta al que se le debe perfeccionar. ¿Cómo? Diversas instituciones sociales tienen esa función, pero el camino propuesto por antonomasia por la sociedad actual es la educación. La educación tiene como finalidad dominar la animalidad existente en el joven para convertirlo en humano. Hacerlo pasar de la barbarie a la civilización. Vencer el primitivismo de cada uno para colocar, en su lugar, la cultura. De la anarquía y el sin sentido a la construcción de ideales civilizatorios y, por lo tanto, superiores. El estigma ideológico de la sociedad patriarcal sobre la juventud, la reduce a la rebeldía, la violencia, la delincuencia, la transgresión destructiva. La propuesta de la sociedad capitalista patriarcal es dejar de ser joven lo más pronto posible. La pedagogía se convierte en un acto de saciar el vacío, donde la forma de saciarlo es entrenarlo para el trabajo. Convertirlo, a través del trabajo, en un individuo útil a la sociedad, con control sobre sí mismo, controlador de su naturaleza instintiva, profunda, opuesta a la vida en sociedad. La educación se convierte en un proceso social a través del cual se construyen discursos de control sobre las personas, las cosas, la naturaleza (Bernstein, 1994).









El pensamiento evolutivo, asignado originalmente a la explicación de la vida, al aplicarlo a los humanos da por resultado la vida basada en fines. Desde la muerte de los dioses, la sociedadí, se convirtió en el fin del individuo. El individuo, por su parte, encontraría su realización en esa sociedad de los varones adultos. El tiempo, a su vez, se convirtió en tiempo de la realización de ese fin, y por ende, de un nuevo tipo de salvación.

La sociedad que niega a sus jóvenes la búsqueda de otros caminos, de otra forma de adultez no vinculada al trabajo, cancela las posibilidades de renovarse. En un proceso temporal, limitado, signado por ciclos, la sociedad está destinada a incorporar, desde el margen, lo nuevo, lo no normado. Lo marginal de hoy será lo normativo de mañana. La constitución de nuevas formas de integración, de identidades emergentes de resistencia, de apertura, de nuevos proyectos, son asimilados a la sociedad instituida como forma de renovación social. Los jóvenes, como portadores, anunciadores, descubridores de reivindicaciones sociales que la institucionalidad olvidó o relegó, permiten visibilizarlas, traerlas al primer plano. De ahí la importancia de las formas nuevas portadas por los jóvenes.

El trabajo como mito

El trabajo, como destino de la edad adulta, se ha convertido en un mito. La incorporación de los jóvenes a los empleos formales se realiza desde los empleos de mayor precariedad, temporalidad y mala paga. El empobrecimiento general de las economías latinoamericanas ha lanzado a la juventud, y a buena parte de la población adulta, al desempleo. El desempleo ha afectado particularmente a los jóvenes, en especial a los provenientes de estratos desfavorecidos debido a desventajas de educación,









formación y capital social. En México, el desempleo abierto de la población de 15 a 29 años son más altas que otros grupos de edades de la Población Económicamente Activa (Miranda, 2000). Pero el trabajo sigue siendo un mito. Como tal tiene fuerza remanente, atrae por inercia. Se le coloca en el centro de los discursos del desarrollo económico y del desarrollo humano, pero está muy lejos de convertirse en una realidad para la juventud contemporánea.

El trabajo es el lugar de llegada de la realización del individuo porque el eje de la sociedad moderna es el invento del individuo. El individuo pleno, autónomo, libre de ataduras corporales, independiente frente al Estado, fundador de nuevas familias, actuante en la sociedad, cuyo comportamiento está dado por la ética individua. La sociedad, desde este sustantivismo, sólo puede ser la acumulación de individuos autónomos. Si el eje de la plenitud humana está dada por el trabajo, la identidad de la sociedad estará dada por los varones que trabajan. La conciencia de sí, base de la identidad personal, del ser en el mundo, se convirtió en la base de la sociedad occidental. En la base de la racionalidad occidental.

El fin de la identidad basada en el trabajo

El trabajo formal, tal como lo mitificó la sociedad capitalista, es cada vez más una hipótesis que una realidad. De ahí que la identidad de los jóvenes, basada en el trabajo, sea sólo un elemento de la identidad múltiple. Porque el trabajo otorgaba un rostro, una sola máscara a través de la cual presentarse en el mundo. Otorgaba la estabilidad de sí y ante los demás. En los jóvenes, la no pertenencia a un trabajo estable carece de posibilidades de otorgarles una única identidad. De ahí que los jóvenes multipliquen sus identidades en una sucesión de máscaras, en oposición a una sola identidad.







La identidad de los jóvenes se basa más en el sentido de pertenencia que en el lugar que se ocupa desde el trabajo. Se pertenece a una familia de origen, a un barrio, a una colonia, a un grupo escolar, un grupo social, una comunidad regional, un chat. En las múltiples pertenencias, el trabajo se convierte en un dato que puede ocurrir o no. En cualquier caso deja de ser el centro de definición de los jóvenes. El elemento eje de la definición va a ser la forma como se realice la pertenencia a algo, el proceso del reconocimiento de nosotros en los otros. Esa pertenencia, si bien se pensaba que se realizaba a través de la educación y de ahí a la comunidad social, estatal, a través de la conciencia de sí mismo, actualmente se realiza a través de otras formas de cohesión. En particular, a través de los medios de información y comunicación, quienes realizan la cohesión social. La identidad comunicacional, la identidad red, parafraseando a Castell (1998).

Lo que transita dentro de las nuevas formas de cohesión es el compartir. La identificación no a partir de sí mismo, del ser, sino a partir del objeto que se comparte. Este puede ser el deporte, la música, la afición por un tipo de lectura, la defensa de la tierra, los derechos humanos, los ritos satánicos, etc. Se comparte a partir de la sensación, de la emoción. Desde este punto de vista se trata de un proceso donde lo objetuado domina al sujeto. Es lo otro lo que define la identidad, lo que le otorga contenido. Ya no es desde el ser desde donde se despliega la conciencia de sí. Es, desde objetos sociales como se conforma la identidad.

La juventud como presente

¿Qué sociedad futura anuncia la juventud presente? Si la juventud ha dejado de identificarse a partir del trabajo, de lo obligatorio, de lo racional, es posible que Prometeo ceda su lugar a Dionisio, el joven









eterno del disfrute. El joven consume el presente antes que la sociedad de consumo lo aniquile. Ha dejado de inventarse a partir de un sólo lugar, el trabajo, para construirse a través de los múltiples lugares que comparte con otros. La identidad es más que la suma de esos espacios diversos. Es otra forma de pensar, de inventarse en los otros. Es la multiplicación de los espacios desde los cuales estar. El ser ha cedido su lugar al estar.

Bibliografía

Bernstein, Brasil. 1994. La estructura del discurso pedagógico, Morata, Madrid.

Castell, Manuel. 1998. La era de la información. Economía, sociedad, cultura, vol.2, Alianza Editorial, Madrid.

Maffesoli, 2003. Ponencia presentada en el *Seminario Internacional Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI*, Instituto Nacional de la Juventud, México, enero 22-25.

Miranda, Francisco. 2002. "Transición educación-mercado de trabajo en jóvenes", en *Jóvenes mexicanos del siglo XXI*, Encuesta Nacional de Juventud 2000, Instituto Mexicano de la Juventud, México, pp 88-116.

Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes. "Jóvenes rurales en México", en *Jóvenes mexicanos del siglo XXI, Encuesta Nacional de Juventud 2000*, Instituto Mexicano de la Juventud, México, pp 416-452.

Paz, Octavio. 1980. El Laberinto de la Soledad, México, FCE.









